

Tríptico

por

Zaldívar

Inicio en esta sección tan oportuna y acogedora de RELIGIÓN Y CULTURA unos breves comentarios a documentos de importancia que surgen cada día. Y quisiera que fueran acertados y oportunos también. Este "Tríptico" me lo sugieren hoy, una Pastoral, el Discurso del ministro Sr. Arrese en Valladolid y una Alocución de S. S. Pío XII. Mi intención está naturalmente en la misma línea que la de quienes inspiran el comentario.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Una Pastoral aparecida ya hace unos meses del Obispo de Solsona, Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Vicente Enrique Tarancón, levantó un gran revuelo; fué comentada, copiada, meditada. No trato de hacer una glosa más, sino de señalar el síntoma de que una invitación sincera al examen de conciencia se convirtiera en cosa extraordinaria, para nosotros católicos, que estamos educados desde nuestra infancia espiritual en la práctica de estos exámenes.

San Ignacio es el campeón del examen de conciencia. Y se le ha hecho caso, dentro y fuera de los Ejercicios. El examen *particular* y el examen *general* se han convertido en

prácticas cotidianas aconsejadas por todos, para lograr una pureza de vida, un adelantamiento en la virtud, una mayor perfección y santidad. ¿No es chocante, que, de pronto, en un ambiente así de predispuesto y acostumbrado al examen de conciencia, suene a extraordinario que se invite a un examen colectivo, en voz alta, de nuestros defectos, con el fin nobilísimo de que, del conocimiento salga el arrepentimiento y luego el propósito de purificarnos más, de hacernos mejores y de progresar?

¿O, acaso, es que pensamos que el examen de conciencia debe ser estrictamente personal y que como colectividad no tenemos necesidad del mismo? Pero esto no sería vivir el espíritu católico, que condena el individualismo y exige que todos, además de nuestro secreto de conciencia personal, nos consideremos ligados a los otros hombres, formando con ellos una sociedad, un “Cuerpo Místico”, formado de muchos miembros, unidos a una Cabeza y viviendo de un mismo Espíritu. Si es importante llevar cuenta de nuestro comportamiento íntimo, de las intenciones de nuestro corazón, lo es igualmente examinar nuestra conducta social, y no solamente en cuanto es personal, sino sintiéndonos interesados en la totalidad. ¿No puede la Iglesia, que nos da las riquezas de la colectividad en la Comunión de los Santos, exigirnos que nos examinemos “como Iglesia”? ¿No está hecha la virtud de la sociedad, lo mismo que el vicio de la misma, de la suma de los vicios y virtudes de cada uno de los miembros? ¿No somos cada uno, en la medida de su importancia, responsables de los males colectivos?

Indudablemente este examen de conciencia es perfectamente lógico, necesario. Un Prelado, precisamente porque es cabeza de un grupo considerable de fieles y de clero, porque es encarnación de la Iglesia, puede hacer un examen de conciencia, convirtiendo su voz en voz de la comunidad. Y cuando él nos diga nuestras deficiencias y nuestros vicios, cuando afirme que la “vida cristiana necesita

ser renovada” que “se nos ha quedado raquítica y pobre”, que “no hemos acertado a darle la pujanza y la vitalidad que las circunstancias históricas exigían”, que “vivimos generalmente inadaptados, y que por eso la vida cristiana ha perdido parte de su eficacia en el orden individual y ha perdido toda su influencia en el orden social”; cuando nos diga éstas y otras cosas tan tremendas es necesario que nos las apliquemos. Y que, siguiéndole primero en el examen de conciencia, le sigamos después en el arrepentimiento y en la aplicación de los remedios que señala.

Pero todavía podemos seguir preguntando más cosas, a propósito de los efectos que este examen de conciencia ha producido en el ambiente católico español. Afirmaciones semejantes habían sido hechas antes, lo están siendo todos los días. Cuando están dichas por otras plumas, en muchos despiertan recelos, inquietudes, alarmas. En la pluma de un Obispo, producen paz, nos dan la sensación de liberación, de situarnos en la verdad, arrancándonos unas ilusiones mentirosas que nos estaban haciendo daño, que nos pesaban sobre la conciencia. Sin duda, para muchos, la razón de esto es que, de los particulares que pudieran o pudiéramos decir lo mismo, no se fiaban. Creían que las críticas y las acusaciones obedecían a sentimientos de hostilidad, de crítica pura; en cambio, dichas por un Obispo, sabemos que no tienen otra intención que la del bien, la de ponernos en la verdad y tratar de sanar lo enfermo. El Papa ha hablado de la necesidad de que la Iglesia se juzgue a sí misma, que haya dentro de ella una opinión y una crítica sana. Es el único camino para hacer callar la crítica malsana de los que están fuera o contra ella. Si muchas cosas que dijeron los grandes Prelados y los grandes Santos, contra los propios católicos y contra los mismos sacerdotes, las hubiéramos escuchado de otros, lo hubiéramos condenado como ataque sectario. En ellos lo tomamos como voz acusadora de Dios contra nuestros pecados.

Este efecto benéfico se lo debemos al señor Obispo de

Solsona. Ha ahorrado muchas críticas peligrosas, con su sereno y sincero examen de conciencia. Sin embargo, no faltarán tampoco espíritus apocados y asustadizos que crean que hasta esta forma leal de señalar nuestras deficiencias es peligrosa y que sería mejor callar siempre, “para no dar armas al enemigo”. Lamentable error. Si los defectos señalados fueran faltas secretas, tal vez tuvieran razón. Pero lo secreto no es la falta, sino la confesión de la misma. Si efectivamente nuestra vida cristiana es “raquítica y pobre”, eso está a la vista de todos; ¿se hace acaso público, por el solo hecho de formular el hecho por escrito?

Es precisamente ese miedo a la verdad, a ver crudamente formulados nuestros defectos, uno de los síntomas de nuestro raquitismo espiritual y cristiano. “*El que obra mal odia la luz, para que no sean acusadas sus obras*” (Joan 3, 20), dice el Evangelio. San Agustín, en cierta ocasión, ante las murmuraciones de los fieles, por causa de una mala acción de uno de sus clérigos, subió al púlpito y dió cuenta detallada de toda su vida y modo de obrar, nombrando uno por uno a sus compañeros. ¿Tendríamos hoy valor para hacer lo mismo? Menguado catolicismo es el de aquellos que se atemorizan ante la verdad, por cruda que sea. Nunca ha sido eficaz, sino suicida, la política del avestruz, escondiendo la cabeza para no ver el peligro que se avecina. En las colectividades, como en los individuos, la propia acusación cierra para siempre las voces malévolas de quienes murmuran, mientras el acusado pretende defenderse.

Pastorales como ésta necesitamos muchas. Necesitamos Prelados valientes y sinceros, que ahорren la crítica que puede convertirse en dañina, aun hecha con la mejor voluntad. El día en que ellos hablen, con el conocimiento, la prudencia y rectitud que tienen como gracia especial de estado, todos los demás podremos sentirnos descargados de este desagradable deber de combatir los piadosos engaños, que no por ser piadosos dejan de ser engaños, tan peligrosos siempre, pero especialmente en momentos como los que

atraviesa el catolicismo español. Entonces, todas las energías podrán volcarse, no en revolver la realidad de nuestros males, sino en ir a buscar soluciones, en construir, reparando todos los defectos que nos señalen.

¿POR QUE LIBERALES?

Es preciso hacer un esfuerzo para librarnos del confu-sionismo que se está infiltrando por todas partes. Con el término de liberales está aconteciendo claramente. Por una parte, se lanza la voz de alarma ante la actitud de cierta parte de la juventud universitaria que parece inclinarse al liberalismo, o al menos se complace en llamarse así. Por otra, *Ecclesia* (1) tiene que defenderse de que se la pueda considerar entre los liberales. ¿Qué lío es éste? ¿Es que lo que esta revista representa está en la misma línea que lo digno de alarma en los jóvenes? Entonces no parece que sea tan peligroso, porque no creo que nadie ponga la menor sospecha de desviación doctrinal a una publicación que es la voz de la Jerarquía española. ¿O se trata de dos formas distintas de liberalismo?

Pero, ante todo, ¿se trata hoy de un liberalismo a la antigua usanza? El viejo liberalismo que conocimos de jóvenes en los ambientes universitarios y políticos españoles quienes peinamos canas pasó y creo que de manera definitiva. Si hoy se vuelve a usar el mismo término, estemos seguros de que detrás y dentro de él hay cosas bastante distintas. Es muy importante que intentemos precisar estos contenidos.

Ecclesia, naturalmente, se defiende de esa acusación negando ser liberal y recomendando que no se confunda la legítima defensa de ciertas libertades, concretamente la de Prensa, con las tesis liberales. ¿Existe una palabra que de-

(1) Véase el editorial del núm. 754: *¿Somos liberales?*

fin a los partidarios de la libertad distinta de "liberalismo"? No la conozco; pero si alguien la tiene, conviene que la ponga inmediatamente en circulación, para evitar torcidas inteligencias. Como católicos no podemos ser liberales en el estricto sentido de la palabra, pero seremos siempre defensores de la libertad de la persona humana, de sus libertades, siempre y en todas partes, incluso aceptando la realidad de que circunstancias particulares puedan aconsejar, no la suspensión ni la negación de dichas libertades, sino la suspensión provisional, para evitar otros males que el mal uso de la libertad pudiera acarrear. Estas dos posturas no deben ser antitéticas, sino armónicas. Podemos continuar defendiendo la libertad y encontrar legítima la temporal suspensión del uso de la misma.

Ahora bien; el hecho de que estas posturas puedan crear confusionismo, y que la defensa de la legítima libertad pueda ser interpretada como tesis liberal, es un indicio de lo delicado de la cuestión. Creo que no nos damos bastante cuenta de esta jugada que nos está haciendo el enemigo. Creando una confusión en la que nos sentimos todos enredados, está consiguiendo que un lenguaje de comprensión, de unión y de libertad sana, que como católicos siempre hemos de defender, se convierta en sospechoso para nosotros mismos, ya que encierra la suposición de que nos damos la mano con los clásicos liberales, o con los demoliberales actuales, que son mucho más peligrosos que los de antaño, o que, por temor a este riesgo, nos veamos forzados a adoptar una postura excesivamente enemiga de la libertad buena, arrebatándonos así el arma de postularla como si fuera cosa suya. Hay que meditar mucho en esto. Pero meditarlo en el orden práctico, lo cual es mucho más difícil que en el teórico. Es indiscutible la tesis de la defensa de las libertades sociales de la persona humana. Indiscutible también que las circunstancias y el bien común hacen necesaria una limitación, en tiempo y en espacio, de alguno de esos derechos. Pero, ¿hasta cuándo esa suspensión es conveniente y cuándo los peligros que trata de evitar son inferiores a los que amagan por su prolonga-

ción? Porque ninguna medida deja de tenerlos. La falta de libertad evita algunos, pero crea disposiciones de opinión que, a la larga, son un peligro muy grave. Pertenece esta consideración a la difícil virtud de la prudencia en quienes dirigen la marcha de los pueblos y tienen en sus manos los resortes y la fuerza para imponer o suprimir el uso de la libertad. Puede ser imprudente una prematura liberación de las fuerzas que esperan el menor resquicio para infiltrarse destructoramente en la vida pública. Pero puede serlo también una prolongación excesiva de tales represiones, que conducen a la creación de profundos descontentos y resentimientos envenenados que hubieran podido evitarse.

¿Pertenece el estado de ánimo de la juventud, o de la parte más o menos extensa de la misma que participa de estos sentimientos, a la dialéctica de estos postulados en relación con el mismo tema, o bien su liberalismo tiene otras directrices y otros alcances de peor condición? No sabré yo responder de manera satisfactoria a esta pregunta por falta de elementos de información suficientes, pero no creo equivocarme mucho al afirmar que, si no del todo, una gran parte de esos sentimientos están provocados por la misma causa. Muchos jóvenes se califican de "liberales" en cuanto desean una mayor libertad. Hasta aquí, naturalmente, el mal no es grave, porque les encontramos situados en la misma postura que aquello representado por *Ecclesia*, nada menos que el pensamiento del catolicismo español. Esto no solamente no es alarmante, sino digno de la mayor satisfacción. Por desgracia, pocas veces suelen coincidir los afanes audaces de la juventud con los pensamientos maduros y serenos de la autoridad. Es ésta una baza demasiado importante para desperdiciarla. Al contrario, debemos decirles en voz alta que lo que ellos quieren también lo queremos nosotros, y que juntos, como católicos y conscientes de los derechos inalienables de la persona humana, somos los primeros defensores de sus libertades.

Para afirmar estos derechos y para solicitar su reconoci-

miento por toda clase de poderes no es necesario, hoy por hoy, ir "en contra" de nadie. ¿No vivimos acaso en un Estado que se precia de ser eminentemente católico? Si en esta situación el uso de las libertades está transitoriamente limitado, es preciso convencer de que la cesación de esas cortapisas no va a provocar ninguna pérdida. Ahora bien; esta garantía ha de ser dada por los mismos beneficiarios de la libertad, con el buen uso de la parte de libertad que están disfrutando.

Pero detrás de ese deseo legítimo de libertad, que coincide con el postulado por *Ecclesia*, ¿no habrá en la actitud "liberal" descubierta en esos medios universitarios alguna forma más peligrosa, que, enroscándose en las reivindicaciones plausibles, trata de alcanzar fines perversos? Sería cándido negarlo. No tenemos unos enemigos tan tontos que dejen de aprovechar esta oportunidad de hacerse simpáticos y de alcanzar medios de difusión de sus ideas. Porque es obvio que la falta de libertad es más rígida en España para ellos que para nosotros, y que una libertad incontrolada les daría a ellos un triunfo extraordinario. Pensar que en nombre de las libertades defendidas por el programa católico postulase alguien el imprudente derribo de defensas sería suicida y una necedad. La formulación más exacta de la postura prudente la dan estas palabras del ministro señor Arrese: "No pretendemos mezclar nuestra insatisfacción con el juego sucio de los comunistas o los liberales, sino con el limpio afán de aquellos que, arrastrados por unos o por otros, están realmente movidos en su interior por el mismo impulso que nos mueve a todos". Son palabras de otro insatisfecho, que habla valientemente de "injusticias y de suciedades en la sociedad que nos circunda". Antes era un Obispo, ahora un ministro; esto sí es eficaz y constructivo, porque elimina la interpretación torcida o sospechosa. Hay que limpiar y defender, hay que eliminar y construir, quitar puntos de apoyo al enemigo sin quedarnos inermes nosotros. Pero, ¿dónde establecer los límites entre lo bueno y lo malo en cosa

tan compleja y movediza? He aquí el nudo de la cuestión; nudo gravísimo, que solamente una prudencia y una sabiduría grande será capaz de resolver.

Mientras pedimos a Dios que inspire la recta solución a quienes han de tomar esas determinaciones, me importa señalar unas consecuencias prácticas que dicta la situación. La primera es reflexionar e insistir en la diferencia entre una postura católica de defensa de las libertades legítimas y un pensamiento o programa liberal caduco y erróneo de los tiempos pasados, o de la cobertura liberal de unos errores modernos peores aún. La segunda, que no cometamos el error de táctica de arremeter —como tanto nos gusta— contra esa postura, sin darnos cuenta de que tras de ese rótulo se agrupan hombres bienintencionados, a los que heriremos y nos mirarán como enemigos de algo que en el fondo les une a nosotros. Y la tercera y última que si enseñamos a distinguir lo legítimo de lo dañino, obligaremos al enemigo a desenmascararse y ofrecer entonces su flanco abierto a los ataques que merece. ¿Qué palabra nos sirve para calificar a los “defensores de la libertad cristiana”, que no sea la de “liberales”?

POLEMICA, PERO CON CARIDAD

El Papa acaba de hablar con el maravilloso sosiego y la atenta oportunidad que siempre tiene su inspirada palabra. Habla con verdad, desde la verdad, y desde ella nos recuerda la caridad en la crítica. Comentamos bajo su inspiración, pensando en nuestras polémicas a propósito de ciertos intelectuales católicos.

Se comprende muy bien que existan discrepancias y hasta que se descubran algunos pasajes dignos de reparos, porque nadie es infalible fuera del Papa cuando habla *ex cathedra*, pero lo que no parece ni está bien es el tono poco caritativo.

“Si conociera todos los misterios y toda la ciencia y tuviera tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad no soy nada” (I Cor. 13, 2), avisa San Pablo. La defensa celosa y firme de la fe es digna de encomio, pero siempre con caridad. Los grandes maestros de la doctrina católica, los Santos Padres, tendían la mano de la caridad a aquellos mismos cuyas doctrinas rebatían implacablemente. Y si esto debe hacerse con los mismos enemigos declarados de la fe, ¿es mucho pedirlo para quienes públicamente se confiesan católicos y con ello hermanos nuestros? ¿No llegaremos mucho antes a la corrección de los errores, si los hay, con una actitud amistosa y caritativa, señalando los posibles deslices, que complaciéndonos en sacar a colación acremente aquellos que parecen equivocados?

Nuestro temperamento ibérico es combativo y polemista. Parece que cada español lleva dentro un Torquemada inquisitorial dispuesto siempre a convertirse en campeón de la fe, llevando a la hoguera a quien “huela” siquiera a hereje. La táctica me parece completamente contraproducente. Cada escritor tiene a su alrededor una pléyade de amigos, de admiradores, de gentes conformes con su doctrina. Si la corrección es cordial, se prepara el camino para la rectificación fecunda, pero cuando se emplea el tono hiriente, que fácilmente cae en injusticia, se provocan reacciones espontáneas de disconformidad que pueden llegar mucho más lejos de lo que se quisiera.

En quien claramente se declara católico no ha de presuponerse nunca la mala intención, ni siquiera la intención “segunda” más o menos torcida, sino la contraria, la que, caso de cometer un error, ha sido inintencionado y con disposición de confesarlo y corregirlo. “Para impedir que la voluntad y la sensibilidad actúen negativamente sobre el juicio crítico, es necesario que su autor se proponga, ante todo, la máxima objetividad y, por lo tanto, que abra el ánimo al sentido de benevolencia y de confianza hacia el

autor del libro, mientras que razones positivas ciertas y graves no aconsejen conducta distinta" (Pío XII).

Por otra parte, cuando la corrección adquiere tonos duros, por razones que se aduzcan en pro de la pureza de la doctrina defendida, queda siempre el ánimo lleno de la sospecha de que debajo del celo pueden esconderse sentimientos inconscientes de otro orden menos noble. Ya vamos aprendiendo mucho de las deformaciones que lo inconsciente introduce en las actitudes conscientes y confesadas. Por eso, Pío XII condena duramente esto: "Un crítico habitualmente apasionado ni siquiera debería tomar la pluma". En cambio, en la caridad no caben engaños. La caridad descubre todas las "trampas" del mal espíritu, mejor dicho, las borra todas, pues en ella no cabe el dolo, porque *"la caridad no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera"* (I Cor. 13, 5-6).

Me parece mala política para justificar los ataques a ciertas doctrinas contenidas en libros que llevan el *Nihil obstat* de la censura eclesiástica, quitar autoridad a esta fórmula diciendo que puede equivocarse. Es cierto que no es infalible y que existen casos en los cuales un examen posterior más atento descubrió errores que habían pasado inadvertidos, pero estos casos son excepciones y no conviene aducirlos con ligereza, porque se pierde confianza en aquello que debe ser una garantía sólida para los fieles. De los miles de libros que la censura eclesiástica aprueba son contadísimos los que pueden ser más tarde denunciados, y muy probablemente el simple fiel no caería en los errores, que solamente personas muy bien preparadas son capaces de descubrir; ¿a qué, pues, sembrar el recelo de que la censura no da garantía de buena doctrina?

Por último, es imprescindible no olvidar el momento apostólico que estamos viviendo. Creo que muchas de las controversias suscitadas obedecen a la postura creada en

quien escribe, por aquel mundo particular que le rodea. Nuestro catolicismo es muy amplio, abarca sectores muy diferentes de espíritus; es, por consiguiente, muy lógico que esta variedad se manifieste en distintas actitudes doctrinales, perfectamente legítimas, mientras se mantengan en la comunidad de la fe y de la sumisión a la Iglesia. Hay el sector de los católicos de “la seguridad”, esa fórmula actual que designa la postura de aquellos fieles que no quieren conflictos y que se conforman con su “fe de carbonero”, sin meterse en más averiguaciones, asustados siempre de quienes problematizan cualquier cuestión. Muy dignos de atención y respeto, por cierto, y sería manifiesto error tratar de meter en sus mentes elementos de desconfianza o de duda.

Pero también existen otros católicos inquietos, para quienes los problemas y temas de la cultura moderna acucian y tocan ciertas verdades de la fe, buscando su acuerdo con las nuevas fórmulas, deseando una continua renovación y purificación de estilos, disconformes con el estancamiento que creen pernicioso para la misma fe, amigos de asomarse al mundo y recoger de él cuanto suena e interesa. Son los del catolicismo “arriesgado”, los del “problema religioso”. Sin duda, algunos adoptan esta actitud por “snobismo”, como “pose” interesante, pero otros lo hacen porque les sale de la entraña de su propia inteligencia, porque lo respiran en el ambiente. También son dignos de respeto y de atención, por lo menos de tanta como los primeros, porque la fe de éstos corre tanto y mayor peligro que la de los anteriores. Dentro del amplio seno de la Iglesia siempre ha habido católicos con distintas actitudes intelectuales. ¿Sería mejor que todos fuesen sumisos y no “creasen conflictos”? Yo, personalmente, no lo creo así, porque la inquietud es señal de vitalidad, y en el estancamiento también cabe la corrupción, como el agua demasiado remansada. Pero no se trata de gustos, sino de encararse con una realidad. Tenemos que aceptar estas distintas categorías, queramos o no, porque ahí están.

La asepsia absoluta en materia de pensamiento no es conveniente, como no lo es en medicina. Algunos médicos avisan ya del abuso de los antibióticos, que cortan demasiado pronto toda suerte de infecciones, no permitiendo a los organismos que elaboren sus propias defensas contra los virus. En todo cuerpo vivo acontece lo mismo. Algunos de nuestros católicos “seguros” han pasado por graves crisis de fe cuando un día salieron al extranjero y se pusieron en contacto con otros hombres que aducían argumentos para los que no tenían una respuesta conocida. La actitud exclusivamente “defensiva” del catolicismo, como la de todo ejército combativo, es catastrófica. Tenemos que acostumbrarnos al espíritu de conquista, que en ciertos aspectos es siempre espíritu de ataque y, para ello, de contacto y conocimiento del enemigo.

Pero nunca ha de olvidarse que, por enérgicas que sean las fórmulas que empleemos para designar las actitudes de quienes queremos defender y propagar la fe de Jesucristo, nunca deben hacer olvidar la caridad, el arma verdaderamente específica de nuestras campañas, el “*Mandamiento nuevo*” de nuestro Salvador, que dejó como distintivo de sus discípulos. Y caridad en todos los órdenes y para todos. La caridad material para los necesitados, la caridad para los angustiados y la caridad para los intelectuales. La caridad de la inteligencia y para la inteligencia reconozco que es de las más difíciles de practicar, porque es la forma que más profundamente exige la auténtica caridad. La discusión, para temperamentos apasionados como somos los españoles, es una de las formas de descargar el instinto de agresividad. Tenemos que vigilarnos tanto más por esto mismo.

¿No es mucho mejor continuar de la mano todos, para vencer al enemigo común y para demostrarle con el ejemplo el alto sentido de la comprensión que anida en todo buen católico, que no andar enredados en polémicas interiores, de las cuales nosotros, ciertamente, no sacaremos ningún fruto, y en cambio pueden causarse muchos males?

Y DE CINE: "EL RENEGADO"

Con el mismo fin con que comenté en el número pasado "La muerte de un ciclista", quiero hacerlo hoy de "El Renegado". No pretendo, por consiguiente, entrar en una crítica de la obra cinematográfica, sino señalar aquellos puntos de orden moral y religioso que me parecen dignos de ser destacados, en orden a procurar que el público sea preparado para alcanzarlos.

En este sentido, "El Renegado" es una obra maestra, porque el tema religioso es presentado de una manera plástica tan conmovedora y fuerte que el público tiene que sentirla por fuerza. Lo primero que allí queda ensalzado es el valor del sacrificio: *Sacerdos in aeternum* es su lema, que suena en el mismo umbral de la película para no salir ya de ella. El carácter sacerdotal es indeleble y lo es igualmente la conciencia de ser sacerdote, a pesar de todos los extravíos y de todas las apostasías.

Inevitablemente viene a la mente la tesis de Graham Green en "El poder y la gloria". En ésta el sacerdocio sigue en pie y triunfa del alcohol y de la lujuria; en "El Renegado" se impone a la soberbia. ¿Acaso no son éstos siempre los abismos que han intentado sepultar y desfigurar el sacerdocio de Jesucristo? Aunque reniegue de la Iglesia, aunque la injurie con sus libros, aunque la odie, Maurice Morand, el *Renegado*, se sigue sabiendo sacerdote. Y porque se sabe sacerdote, con todos los poderes del mismo, absuelve al capellán moribundo, asiste y reconforta a su madre en la agnía y consagra en el cabaret. Es ésta la escena más fuerte de la película, la que lleva al máximo la tensión dramática en el público, la que con razón ha levantado más controversias y asusta a ciertas almas sinceramente creyentes. No cabe duda que es razonable la postura de quienes se preguntan por qué ese afán moderno de ensalzar los valores espiritua-

les a base de presentar tremendismos, como si la realidad sublime de la religión no estuviese mejor lograda en la serenidad, en el equilibrio, en "lo normal". ¿Hace falta llegar a esos extremos para conmover al público o para convencerle? En principio, y como tesis, no creo debiera defenderse. Es una moda, una corriente de estilo, impuesta por circunstancias y hombres, que seguramente pasará. Pero mientras pasa o no, hemos de tratar de aprovecharla, procurando que aquellos que no muestran interés sino por los casos "tremendos" y con planteamientos de "problemas", despierten aquí su interés y su sensibilidad ante la fuerza y realidad del sacerdocio, que confiere tales poderes dados por Dios, permitiendo incluso llegar a las máximas profanaciones. Los límites extremos de la maldad de los hombres, ¿no lo son acaso también de la infinita bondad y amor de Dios? Si un mal sacerdote puede consagrar en un cabaret, es gracias a que Jesucristo amó tanto a los hombres que les otorgó confianza absoluta y poder ilimitado sobre su Cuerpo y Sangre, mirando a aquellos que quisiesen recibirlos con veneración y buenas disposiciones.

Esta consideración es la que hay que despertar en aquellas otras almas, que no solamente no necesitan ver las cosas religiosas llevadas a estos extremos, sino que reciben de ello escándalo. Se evitará éste y se dará además el verdadero sentido a la escena, si se ve en ella, no lo que tiene de sacrilegio y profanación, sino lo que tiene de realidad sacerdotal. Morand sabe que consagra y que su sacerdocio es verdadero, y allí mismo donde vende a Cristo se siente estremecer por la grandeza de su poder. El valor eterno del sacerdocio de Cristo resalta precisamente en el mismo Renegado, tanto, y en cierto modo aún más, cuando permanece intacto, pese a todos los golpes que su saña de apóstata le asesta. Como Durandal, la buena espada del caballero Rolando, que entonces mostró su buen temple al no saltarse ni mellarse con los golpes que su dueño dió contra las peñas.

El mundo moderno necesita esta lección sobre el sacer-

docio porque está demasiado inclinado a juzgar a los sacerdotes como hombres, al sacerdocio como una función social y a la Iglesia como una sociedad humana. Había que recordar aquí todo lo que bellamente ha dicho el P. Félix García páginas atrás. El Sacerdote Eterno es Jesucristo, al cual no logran rebajarlo ni disminuirlo todos los renegados del mundo.

El segundo punto digno de atención es el valor de la oración y de la Comunión de los Santos. Morand se convierte porque hay almas que piden por él, porque hay quien ofrece su vida por él, alcanzando de Dios la gracia que ablanda su corazón endurecido. No se suicida porque en aquel momento un joven sacerdote ora con los brazos en cruz. Y son los rosarios de su amigo el Rector del Seminario, y las limosnas y oraciones del banquero, y las monjitas, y su madre, todos pidiendo a una por él, lo que alcanza la misericordia de Dios, que no resiste nunca la oración perseverante, humilde, sacrificada y generosa. La secuencia alternada entre la situación crítica de Morand en su tugurio y la ordenación del joven Gerard son de una elocuencia y acierto insuperables.

Es notable también aquí la demostración de que la Comunión de los Santos sobrenatural está montada sobre la comunión humana de la amistad. Aquellos amigos que permanecieron fieles a la Iglesia, sin querer tomar parte en el pecado del *Renegado*, no le niegan su amistad. ¿Qué hubiera ocurrido si se hubieran apartado de él, cerrándole sus almas, al ver que les injuriaba en sus sentimientos más sagrados? En lugar de hacer eso, se consideraron responsables de su conversión, creyeron que debían orar, mantener una amistad, un contacto y unos favores que sirvieran siempre de puente para el retorno. Y fué la amistad en lo humano y la oración en lo divino lo que movió y logró las gracias de la conversión. ¡Qué lección para aquellos que se hacen enemigos personales de los extraviados, confundiendo la fidelidad a la verdad con la hostilidad a los equivocados! “*Amor*

a los hombres y odio a los vicios” es la fórmula agustiniana de la rectitud cristiana. Sobre esto también acaba de decirnos mucho el Papa.

Por último, merece llamarse la atención sobre el modo de resaltar la vocación sacerdotal. “*¿Comprendes tú la vida de otro modo que siendo sacerdote? No. Quédate, pues; eso es la vocación.*” Creo recordar estas palabras cuando el joven Gerard va a ser expulsado del seminario. Exactamente eso es la vocación sacerdotal: una manera única de concebir la vida, que no puede ser substituída por otra. Ni presiones de familia, ni el amor de la antigua novia, ni la repulsa de otros superiores, ni los atractivos del mundo, nada puede alterar ni desfigurar la verdadera vocación recibida como un don de Dios. Y la vocación sobrenatural a la cual se es fiel obtiene frutos ubérrimos. La familia se acerca a Dios, la novia ve un sentido nuevo y excelso a la vida, el apóstata se convierte y el joven sacerdote alcanza la palma del martirio de la caridad.